



Haifa, Junio 1941

*Una vida se compone de un gran número de pequeños sucesos y un pequeño número de grandes sucesos. Por ello, una autobiografía debe ser, para que no se vuelva aburrida, extremadamente selectiva, desechando cualquier peripecia inconsistente que le haya sucedido a uno y concentrándose en las que han permanecido vivas en el recuerdo.*

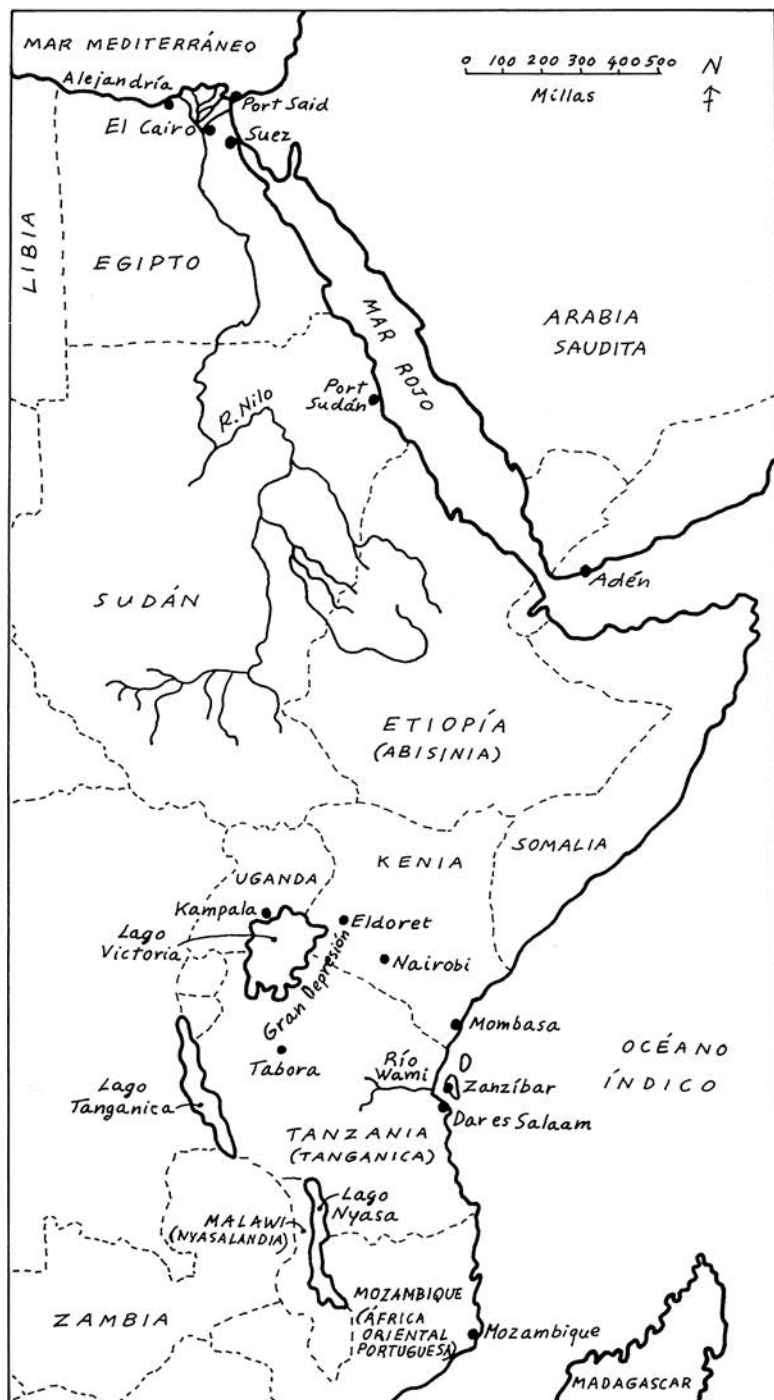
*La primera parte de este libro retoma mi propia historia, justamente donde se quedó mi anterior autobiografía, que se tituló Boy. Me dirijo, para desempeñar mi primer trabajo, a África oriental, pero, como sucede con cualquier trabajo, aunque sea en África, no siempre resulta fascinante. He intentado seleccionar lo más posible y sólo he narrado los acontecimientos que considero notables.*

*En la segunda parte del libro, que se refiere al tiempo que estuve volando con la RAF\* durante la Segunda Guerra Mundial, no hubo necesidad de seleccionar o eliminar nada, porque cada acontecimiento fue, al menos para mí, totalmente fascinante.*

R. D.

---

\* Royal Air Forces, Reales Fuerzas Aéreas (N. del T.).



*África oriental*

## La travesía

El barco que me llevaba en el otoño de 1938 de Inglaterra a África se llamaba el *SS Mantola*. Era un viejo cascarón pintado, de nueve mil toneladas, provisto de una única y alta chimenea y de un motor trepidante que hacía que las tazas de té tintinearán en sus platos en la mesa del comedor.

El viaje desde el puerto de Londres a Mombasa duraba dos semanas y durante la travesía íbamos a recalar en Marsella, Malta, Port Said, Suez, Port Sudán y Aden. Hoy día se puede volar a Mombasa en pocas horas, sin hacer escala en ningún sitio, y ya nada resulta fantástico, pero en 1938 un viaje como ése estaba salpicado de escalas y África oriental se hallaba muy lejos de casa, especialmente si tu contrato con la Compañía Shell estipulaba que debías permanecer allí durante tres años seguidos. Cuando salí tenía veintidós años. Antes de que volviera a ver a mi familia tendría veinticinco.

Lo que aún recuerdo claramente de aquella travesía es el comportamiento singular de mis compañeros de viaje. Nunca me había tropezado antes con esa peculiar raza de ingleses, forjadores del Imperio, que se pasa toda la vida

trabajando en lejanos rincones del territorio británico. No deben olvidar que en los años treinta el Imperio británico era aún el Imperio británico y que los hombres y mujeres que lo hacían funcionar eran de una raza con la que la mayoría de ustedes no se ha tropezado nunca y ya nunca podrá hacerlo. Me considero muy afortunado por haber podido tener una visión fugaz de esa rara especie, mientras aún vagabundeaba por los bosques y senderos de la tierra, porque hoy está totalmente extinguida. Más ingleses que los ingleses, más escoceses que los escoceses, constituían el grupo de seres humanos más locos que he conocido nunca. En cierto sentido, hablaban un idioma propio. Si trabajaban en África oriental, sus frases aparecían salpicadas de palabras *swahili* y si vivían en la India, entremezclaban toda clase de dialectos. Al mismo tiempo, existía un completo vocabulario de palabras de frecuente uso, que parecía ser común entre toda aquella gente. Así, por ejemplo, una bebida por la tarde era una “puesta de sol”. Una bebida a cualquier otra hora era un *chota peg*. La esposa era la *mensahib*. Echarle un vistazo a algo era un *shufti*. Por eso, lo que resultaba ciertamente curioso era que, en la jerga de la RAF en Oriente Medio, a un avión de reconocimiento se le llamaba, durante la última guerra, una cometa *shufti*. Algo de poca calidad era *shenzi*. La cena era *tiffin*, y así sucesivamente. La jerga de los forjadores del Imperio podría haber llenado un diccionario. Todo aquello era maravilloso para mí, un muchacho pueblerino metido de repente en medio de aquel puñado de tipos robustos y tostados y de sus agudas y huesudas mujercitas, y lo que más me gustaba de todos ellos eran sus excentricidades.



BRITISH INDIA  
LINE



AIMEZ, PROTÉGEZ  
PIGEON VOYAGE  
PARQUER DU AYS

Mrs. S. Hall.  
Oakwood.  
Exley.

AND  
EN

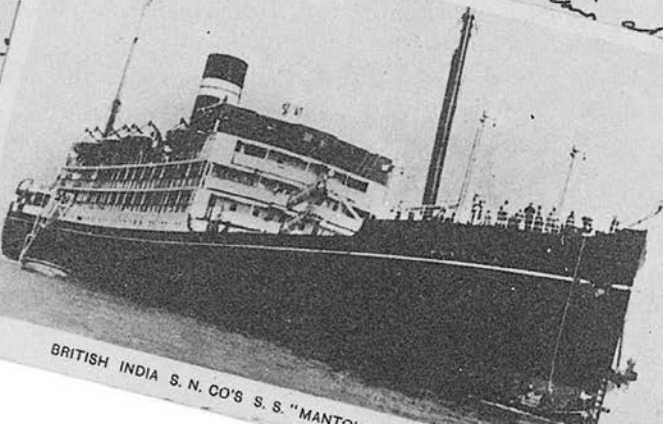


S.S. Mantola

Tuesday morning

Dear home

We've had a hellacious journey.  
Fairly calm in the Bay of Biscay (at least I  
wasn't sick) then as soon as we came  
to the Spanish coast the sea came out,  
and it has stayed out ever since. We  
passed Gibraltar Tuesday evening at  
8 o'clock.



BRITISH INDIA S. N. CO'S S. S. "MANTOLA"

Parecía como si, cuando los británicos viven durante años en un clima inhumano y sudoroso, entre gente extraña, conservaran su sano juicio al permitirse ellos mismos ser ligeramente extravagantes. Practicaban costumbres caprichosas que nunca serían toleradas en su patria, mientras que en la lejana África, en Ceilán, en la India o en los Estados Federados de Malaya podían hacer lo que les viniera en gana. En el *SS Mantola*, cada uno, o cada una, tenía su rareza especial y, para mí, la travesía fue como disfrutar de una ininterrumpida representación teatral. Permítanme que les hable de dos o tres de aquellos comediantes.

Yo compartía mi camarote con el gerente de una fábrica de algodón del Punjab, llamado U. N. Savory (apenas podía creer que tuviera esas iniciales cuando las vi por primera vez en su baúl), y ocupaba la litera superior. Por eso, desde mi almohada divisaba por el ojo de buey la cubierta de los salvavidas y, más allá, el ancho mar azul. El cuarto día de travesía me desperté muy temprano. Yo estaba recostado en mi litera mirando perezosamente por el ojo de buey y oyendo los apacibles ronquidos de U. N. Savory, que dormía debajo de mí. De repente, cruzó precipitadamente por delante del ojo de buey la figura de un hombre desnudo, desnudo como un mono de la jungla, y desapareció. Apareció y desapareció en completo silencio y yo permanecí recostado, preguntándome si habría visto un fantasma o una visión o, quizá, un espectro desnudo.

Un minuto o dos después, la figura desnuda volvió a pasar.

Esta vez me incorporé bruscamente. Quería contemplar mejor a aquel fantasma desnudo del amanecer, así que

me arrastré hasta los pies de mi litera y asomé la cabeza por el ojo de buey. La cubierta de los botes salvavidas estaba desierta. El Mediterráneo azul lechoso estaba en calma y en el horizonte comenzaba a aparecer un sol amarillo brillante. La cubierta se hallaba tan vacía y silenciosa que pensé seriamente si no habría visto, después de todo, una auténtica aparición, quizá el alma en pena de algún pasajero que hubiera caído por la borda en un viaje anterior y que se pasara su vida eterna corriendo sobre las olas y volviendo a encaramarse en su barco perdido.

De pronto, observé desde mi atisbadero un movimiento al fondo de la cubierta. Entonces se hizo visible un cuerpo desnudo. Pero no era ningún fantasma. Era de carne y hueso y el hombre se movía velozmente por la cubierta, entre los botes salvavidas y los ventiladores, sin hacer ningún ruido, mientras se acercaba corriendo hacia mí. Era bajo, rechoncho, ligeramente barrigón en su desnudez, y lucía un gran bigote negro. Cuando estuvo a unos veinte metros de distancia, vio mi estúpida cabeza asomada al ojo de buey y me saludó con un brazo peludo, diciéndome:

—¡Vamos, muchacho! ¡Venga y eche una carrerita conmigo! ¡Hinche sus pulmones con aire del mar! ¡Póngase en forma! ¡No sea perezoso!

Sólo por el bigote reconocí en él al mayor Griffiths, un hombre que la noche anterior me había contado durante la cena que había pasado treinta y seis años en la India y que regresaba de nuevo a Allahabad tras el acostumbrado permiso en casa.

Sonreí débilmente cuando el mayor pasó brincando, pero no me retiré. Quería verlo de nuevo. Había algo que



resultaba casi asombroso en la forma en que correteaba desnudo alrededor de la cubierta, algo sorprendentemente inocente y desenvuelto, campechano y amistoso. Y allí estaba yo, con mi juvenil autosuficiencia, mirándolo a través del ojo de buey y desaprobando lo que hacía. Pero al mismo tiempo lo envidiaba. En realidad me sentía celoso de aquella actitud suya de no importarle nada un comino, y me hubiera gustado tener el valor suficiente para salir y hacer lo mismo. Quería ser como él. Deseaba ardientemente tener el valor de despojarme de la pijama y lanzarme desnudo a la cubierta y que se fuera al infierno quien me viera. Pero ni en un millón de años hubiera podido hacer aquello. Esperé a que volviera a pasar.

¡Ah, allí estaba! Allá lejos, en el extremo de la cubierta, estaba el intrépido mayor corretón, al que le importaba todo un bledo, y se me ocurrió entonces decirle esta vez algo, para demostrarle que yo “era de los suyos” y que ni siquiera me había percatado de su desnudez.

Pero ¡espera un minuto...! ¿Qué era eso...? ¡Había alguien con él...! ¡Había otro tipo corriendo a su lado...! ¡Y tan desnudo como el mayor...! ¿Qué demonios estaba pasando en este barco...? ¿Es que todos los pasajeros varones se levantaban al amanecer y se lanzaban a correr por cubierta sin ninguna ropa...? ¿Se trataba de algún ritual de desarrollo corporal de los forjadores del Imperio que yo desconocía...? Los dos se acercaban a mí... ¡Dios mío, el segundo parecía una mujer...! ¡Una mujer desnuda, tan en cueros como la Venus de Milo...! Pero ahí terminaba el parecido, porque observé que aquella figura desnuda de piel blanca no era otra que la propia esposa del mayor

Griffiths... Me quedé helado en el ojo de buey y mis ojos quedaron fijos en aquel adefesio desnudo que corría tan orgullosamente al lado de su empelotado marido, con los codos doblados y la cabeza levantada, como diciendo: “¿No es verdad que formamos una estupenda pareja y que mi marido el mayor tiene una espléndida planta de hombre?”.

—¡Vamos! —me gritó el mayor—. ¡Si la pequeña *mensahib* puede hacerlo, usted también puede! ¡Cincuenta vueltas a la cubierta son sólo cuatro millas!

—Hermosa mañana —murmuré cuando pasaron corriendo—. Un día espléndido.

Un par de horas más tarde, me encontraba desayunando en el comedor, sentado frente al mayor y su pequeña *mensahib*, y el hecho de saber que no hacía mucho había visto a aquella pequeña *mensahib* sin nada encima me producía escalofríos. Mantuve la cabeza baja, pretendiendo ignorar que estaba allí.

—¡Eh! —voceó el mayor de repente—. ¿No es usted el joven que tenía la cabeza afuera del ojo de buey esta mañana?

—¿Quién, yo? —murmuré, sin levantar la nariz del plato de cereal.

—¡Sí, usted! —voceó el mayor triunfante—. Yo no olvido nunca una cara.

—Yo... yo trataba sólo de respirar un poco de aire —tardamente.

—Más que eso, estaba usted viendo un buen espectáculo —dijo el mayor, sonriendo—. ¡Le estaba echando un vistazo a la *mensahib*!

Los ocho que se sentaban a nuestra mesa enmudecieron de repente. Noté que me ardían las mejillas.

—No lo culpo —prosiguió el mayor, guiñándole un ojo ostensiblemente a su mujer. Era su turno de sentirse orgulloso y galante—. La verdad es que no lo culpo en absoluto. ¿Lo culparían ustedes? —preguntó, dirigiéndose al resto de los comensales—. Después de todo, sólo somos jóvenes una vez y, como dice el poeta... —hizo una pausa, dedicando a su espantosa mujer otro guiño descomunal—, una cosa hermosa es una alegría para siempre.

—¡Oh, cállate, Bonzo! —exclamó la esposa, encantada.

—En Allahabad —dijo el mayor, mirándome a mí ahora— tengo por principio jugar media docena de *chukkas*<sup>1</sup> todas las mañanas antes de desayunar. Usted sabe que eso no se puede hacer a bordo de un barco. Por eso tengo que hacer ejercicio de otra forma.

Traté de imaginarme cómo sería aquel juego de lanzamiento.<sup>2</sup>

—¿Por qué no puede hacerlo? —pregunté, desesperado por cambiar de tema.

—¿Qué es lo que no puedo hacer? —inquirió el mayor.

—Practicar algún tipo de lanzamientos en el barco —respondí.

El mayor era uno de esos hombres que mastican las gachas de copos de avena. Me miró con sus ojos vidriosos gris claro, masticando lentamente.

---

<sup>1</sup> *Chukka*: en el juego del polo, periodo en que la pelota está en movimiento (N. del T.).

<sup>2</sup> Juego de palabras entre *chukka* (en el juego del polo) y *chucker* (lanzador) que se pronuncian prácticamente igual (N. del T.).

—Supongo que no intentará decirme que no ha jugado polo en su vida —dijo.

—Al polo —dije—. ¡Ah, sí, claro, polo! En la escuela solíamos jugarlo en bicicleta con palos de *hockey*.

La mirada del mayor se tornó bruscamente en un fulgor feroz y dejó de masticar. Me miró con tal desprecio y horror, y su rostro enrojeció de tal forma, que pensé que iba a sufrir un ataque de apoplejía.

Desde entonces, ni el mayor ni su mujer quisieron saber nada de mí. Cambiaron de mesa en el comedor y se negaron a saludarme cuando nos tropezábamos en cubierta. Me habían encontrado culpable de un crimen enorme e imperdonable. Me había burlado, o así lo creían ellos, del juego del polo, el deporte sagrado de los anglo-indios y de la realeza. Eso sólo lo podía hacer un patán.

Estaba también la anciana señorita Trefusis, que se sentaba muy a menudo a la misma mesa del comedor que yo. La señorita Trefusis era toda huesos y pellejo gris y, cuando caminaba, inclinaba el cuerpo hacia delante como un búmeran. Me contó que poseía una pequeña plantación de café en las montañas de Kenya y que había conocido muy bien a la baronesa Blixen. Yo había leído y disfrutado con *Lejos de África* y *Siete cuentos góticos*, y escuché subyugado todo lo que me contó la señorita Trefusis de esa magnífica escritora que firmaba sus obras con el nombre de Isak Dinesen.

—Era una excéntrica, por supuesto —dijo la señorita Trefusis—. Como todos los que vivimos allí, al final se convirtió en una persona completamente rara.

—Usted no es una excéntrica —dije.